

Pilar es firme y áurea, como hecha de oro;
cuando en el jardín cose, su silencio se toca.
La tarde la contempla como un grave tesoro
que apenas tiene un aire de sonrisa en la boca.

María es breve, hecha de agua rumorosa
y la noche se quiebra de amor en sus pestañas.
La violeta en sus manos se siente poderosa.
Al hablar de sus labios melodías extrañas.

Carmen es frágil, fina; su presencia es de plata
y su cuerpo una hoja mecida por el viento.
Y cuando el aire manso su oculta ira desata
suena como una alegre risa o como un lamento.

Las tres tienen un aire o una luz diferente
que el río de Sevilla, silencioso, venera.
Y sus nombres, sus risas, sus manos y sus frentes
ornan de suave gracia la flor de la ribera.

Pero las tres han puesto con invisible mano
nostalgias que han abierto en mi pecho una herida.
Cuando la noche cae sobre el distante hermano
esta sangre recuerda la juventud perdida¹⁰

Y recuerda también su sangre sevillana, dos de sus más profundas aficiones: el flamenco y los toros... Y en su ensayo *De la espiritualidad andaluza*, publicado en el diario sevillano *El Liberal*, en 1934¹¹, analiza y estudia las raíces sociales e históricas del cante, y escribe:

El cante jondo es el más íntimo reflejo, la más fiel exposición de la atormentada sensibilidad andaluza. Atormentada con los tormentos febriles de una inspiración de rosas incendiadas y corazones maltrechos. De quejumbrosos sentimientos de melancolía, empañando el espíritu con el zumo agridulce del dolor mesiánico.

El cante jondo es el confidente sentimental, el pañuelo de lágrimas del pueblo andaluz. En el seno apasionado de la copla, vierte éste el lamento torturante e inmenso de su pena. Tanto es así, que sería imposible hallar un sentimiento arraigado profundamente en el alma andaluza que ésta no hubiera plasmado en el cristal sentimental de la lírica jonda...

Lo jondo es el símbolo unánime de las más inexploradas y ocultas reconditeces de la sensibilidad andaluza, enroscándose cariciosamente en el corazón encogido de los oyentes desde la catedral litúrgicamente pagana del *tablaó*...

Y siente, asimismo, la afinidad del flamenco y los toros, porque sólo vibra entre ellos una sensibilidad, «la del alma andaluza, y ante un idéntico motivo emocional: el dolor». Y a una barrera de la Real Maestranza de Sevilla va el niño-poeta con su padre, buen aficionado... Y en un hermoso autorretrato, a la manera manuelmachadiana, titulado *Autobiografía en la barrera*, recogido en su espléndido libro taurino *Gloria y Memoria del Arte de Torear*¹², nos lo confiesa, en estos versos alejandrinos, cuajados de cierta gracia sevillana:

¹⁰ Antonio Aparicio: *Fábula del Pez y la Estrella*. Buenos Aires, Edit. Losada, 1946, págs. 51-52.

¹¹ Antonio Aparicio: «Ensayo / De la Espiritualidad Andaluza», en *El Liberal*, Sevilla, 28 de julio de 1934. Pág. 1. Centro derecha.

¹² Antonio Aparicio: *Gloria y Memoria del Arte de Torear*. Prólogo de J. Caro. Sevilla, Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento, 1981, págs. 19-24.

Yo, Antonio Aparicio, en Sevilla nacido,
desplegando el capote del verso bien ceñido,
quiero sobre la arena del papel expectante,
exaltar del toreo el arte alucinante...

Para mis verdes años de niñez sevillana,
fue la pasión taurina la ilusión más temprana.
Aquella edad primera, latente en la añoranza,
soñó un cielo redondo, perfecto: la Maestranza...

El niño que yo fui era sensible. Y era
hijo de aficionado de preclara solera
que domingo a domingo, feligrés del tendido,
entregaba a la fiesta su culto más rendido.

De su mano, en la tarde de la luz abrileña,
por las calles estrechas donde Sevilla sueña,
iba el niño que fui. ¡La primera corrida!
Fecha ya inmarchitable para toda mi vida.

Y ya desde la altura de los años, en 1964, en una breve estancia en Sevilla —donde vivió en un luminoso ático, en la antigua calle de Rodrigo Caro, número 13, desde donde se divisa plenamente la Giralda—, seguirá evocando su honda afición, mientras recuerda aquellos tiempos felices de gran aficionado —afición que le llevará a seguir viendo corridas en diferentes cosos de diversos países hispanoamericanos—; pero, esta vez, aquel niño sensible se ha convertido en el padre de ahora —como en el verso intemporal de Machado—, que lleva a su hijo a la Maestranza de Sevilla; y se le desborda el sentimiento:

Después, tarde tras tarde, se desbocan los años:
tras la tarde de triunfo tardes de desengaños,
el paciente vía-crucis del fiel aficionado,
tantas veces mohino, nunca desalentado.

Sevilla, Cádiz, Córdoba, Ronda, Jerez, El Puerto...
Y luego, tras el mar, el mundo descubierto
de otras plazas de toros y otras tardes triunfales:
Caracas, Maracay, Bogotá, Manizales...

Concluyendo el largo poema, con cierta nostalgia machadiana:

El niño que yo fui es el padre que soy.
Cierro los ojos, sueño. ¿En qué tendido estoy?
¿Otra vez la Maestranza? ¿El tiempo retrocede
o se repite al son del toreo que no cede?
Otra vez la Maestranza de mi primer cariño,
pero a mi lado, ahora, un neófito, un niño.
Y ante el toro que en medio del ruedo desafía,
como yo cuando niño, mi hijo se extasía¹³.

¹³ Antonio Aparicio: Gloria y Memoria del Arte de Torear; opus cit., págs. 19-24.

Su vocación poética nace en plena juventud, a los 17 años, viviendo en aquel elevado ambiente cultural de la Sevilla de los años 1920-30, en que primaban El Ateneo y

las Academias y seguía siendo *Patriarca de las Letras Sevillanas*, el venerable don Luis Montoto, que fallecería en vísperas de la *Exposición Iberoamericana*, de 1929¹⁴.

Y con sólo 18 años, de la mano del entonces influyente escritor y poeta José Muñoz San Román¹⁵, comienza Antonio Aparicio, en el verano de 1934, a colaborar en el gran rotativo sevillano *El Liberal*... Eran los últimos años de esplendor de este prestigioso diario liberal; un año antes, en 1933, su director don José Laguillo había anunciado su dimisión definitiva y su jubilación. Asume entonces la dirección Diego Martínez Núñez, y aparece en la cabecera el rótulo de *Diario Republicano* —ideas que ya se ajustaban bien con el joven Aparicio—, y el 18 de julio de 1936, *El Liberal* dejó de publicarse; acababa de aparecer su último número¹⁶...

Hemos tenido la suerte, en nuestra investigación hemerográfica, de encontrar las colaboraciones de Aparicio en *El Liberal*, en el que publicó muy distanciadamente dieciséis interesantes artículos, esencialmente de temas sevillanos, y que podríamos calificar de ensayos breves, plenos de densidad y contenido filosófico y humano, y en los que abarca, con fina maestría, en prosa lírica divagatoria, entre José María Izquierdo, los Machado o Cernuda, las vertientes más profundas de la espiritualidad sevillana. Se inicia, pues, en su colaboración periodística, con el título *De Tiempo Atrás / La eterna fama picaresca*, aparecido el viernes 13 de julio de 1934 (pág. 3), y termina con *Notas al Romanticismo / Hay una voz de mujer*, sobre el inmortal Bécquer, publicado el martes 14 de abril de 1936. Por estos artículos, vemos que le interesaban —y le interesan— el mundo del siglo de oro y la picaresca; el romanticismo, la música de Manuel de Falla o la visión telúrica y surrealista de un Fernando Villalón, al que evoca a los cinco años de su muerte en un hermoso artículo en el que camina idealmente con el «poeta muerto, paseante desde hace cinco años por las arenas verdes de los cielos poéticos»¹⁷. Sin olvidarse, ya que directamente influyó en él, de su paisano Gustavo Adolfo Bécquer, al que dedica espléndidos artículos, así como certeros comentarios a sus obras... Corría el año 1936; se celebraba el centenario del autor de las *Rimas*... Y en la ciudad se constituyó la agrupación cultural de los *Amigos de Bécquer*, que presidía mi maestro, don Santiago Montoto y a la que pertenecían el admirado Jorge Guillén, entonces catedrático de literatura en la universidad hispalense; el poeta Joaquín Romero Murube y la escritora Amantina Cobos de Villalobos, entre otros escritores e intelectuales... Precisamente, el 17 de enero de este año, los *Amigos de Bécquer* giraron una visita a uno de los lugares becquerianos más significativos: la Venta de los Gatos y, aparte de las autoridades sevillanas, se sumaron a este sencillo pero hermoso homenaje, diversos escritores, poetas y periodistas... Entre ellos, iba el joven Antonio Aparicio... Romero Murube, secretario de la agrupación, leyó las adhesiones recibidas de los hermanos Álvarez Quintero, Pedro Salinas, Gerardo Diego y Federico García Lorca¹⁸...

Y entre sus colaboraciones en *El Liberal*, encontramos un único poema, aparecido el miércoles 10 de octubre de 1934, en la primera página, bajo el título genérico de *Motivos Sevillanos*, con el subtítulo de *Plaza de Santa Marta*. Y lo dedica —señal de

¹⁴ Vid. mi libro, en prensa: Luis Montoto (Correspondencia Inédita).

¹⁵ Vid. mi libro: Muñoz San Román y Sevilla. Edic. Excmo. Ayuntamiento de Camas, 1983, 100 págs.

¹⁶ José Laguillo: / Memorias / Veintisiete Años en la Dirección de «El Liberal» de Sevilla (1909-1936). / Introducción y Notas / por / Alfonso Braojos Garrido. Sevilla, Public. de la Universidad, 1979, 370 págs.

¹⁷ Antonio Aparicio: «Por el cielo de la Poesía / RECUERDO DE FERNANDO VILLALÓN». *El Liberal*. Miércoles, 22 de mayo de 1935, pág. 1. Vid. mi artículo: «Antonio Aparicio y F. Villalón», en *El Periódico de Alcalá (Sevilla)*, 22 de octubre de 1991; pág. 4.

¹⁸ *El Liberal*, 17 de enero de 1936: «Los Amigos de Bécquer».

¹⁹ A. Aparicio: «Motivos Sevillanos / PLAZA DE SANTA MARTA», en *El Liberal*. Miércoles, 10 de octubre de 1934, pág. 1, parte inferior. Anteriormente, le había dedicado, en el mismo rotativo, un hermoso artículo, en prosa lírica divagatoria, en la línea de José María Izquierdo, bajo el título de «El Encanto de la Ciudad-de-la-Gracia / LA PLAZA DE SANTA MARTA», el domingo 22 de julio de 1934; pág. 2.

²⁰ Vid. mi artículo: «Un Soneto desconocido de Fernando Villalón», en *Hojas de Poesía*, en el desaparecido diario Nueva Andalucía, Sevilla, sábado 19 de diciembre de 1981. Vid. también el artículo de J. L. Gómez Tello, publicado en *El Liberal*, Sevilla, martes 15 de enero de 1935; pág. 1, donde envía un cordial saludo a los poetas A quienes escriben «Hojas de Poesía», citando a Antonio Aparicio, entre los jóvenes valores. Asimismo, colaboró A. Aparicio en la revista Nueva Poesía, fundada por el poeta jerezano Juan Ruiz Peña, en Sevilla, en 1935. En el N.º 1 publicó el poema sentido y amoroso Presencia del amor; en el N.º doble (2-3), A la sombra del amor. (II. Ensueño logrado), aún no recogido en sus Obras. Reseñándose también en este número doble, la apasionada conferencia que pronunció en el sevillano «Centro Cultural de San Lorenzo», sobre Vida romántica de Bécquer.

gratitud— a su protector en el diario: Muñoz San Román. El poema que aún no ha sido recogido en sus obras, es de notable calidad lírica y pureza sevillana... Nos recuerda, a veces, a los del profundo Antonio Machado:

PLAZA DE SANTA MARTA

A Muñoz San Román,
gran poeta y gran sevillano.

Sombras y fragancias
de la noche queda,
nacida en la calma
de la plaza vieja.

Nostalgia,
que a nosotros llega
y a través del Tiempo
candenciosamente
del alma se adueña.

Vestigios antiguos,
pasadas consejas,
esbozos de rostros
que cubrió la tierra.

Un continuo chorro
de canción añeja
aquellos días, idos,
mejores... ¡te acuerdas!

Por ellos se vive,
por ellos se sueña¹⁹.

Además, colaboró Aparicio en la breve publicación sevillana, que ya hace tiempo estudié: *Hojas de Poesía*, cuyo primer número vio la luz de Sevilla en enero de 1935... Estos pliegos poéticos los editaban el singular e imaginativo Pepín Bello Lasierra, tan vinculado a la Residencia de Estudiantes y los poetas del 27; los abogados-poetas Manuel Díez Crespo y Carlos García Fernández; el médico Antonio González Meneses y el pintor Pablo Sebastián, cuñado de Alejandro Collantes, entre otros²⁰. En la revista, que tuvo un colaborador excepcional, Jorge Guillén, publicaron además Rafael Porlán y Merlo, Benjamín Jarnés, Adriano del Valle, Pedro Pérez Clotet y Juan Ruiz Peña; rescatándose textos del torero-mecenas de la generación del 27, Ignacio Sánchez Mejías y un curioso soneto de Fernando Villalón.

En carta fechada en Madrid, el 30 de mayo de 1991, me decía mi entrañable amigo Manuel Díez Crespo: «*Hojas de Poesía* fue una fundación del médico-humanista Antonio González Meneses, contra la Revista y grupo *Mediodía*. Pretendía Meneses, con Carlos García Fernández, Adriano del Valle y un poco yo, pues que tampoco era mi propósito ir contra los de *Mediodía*, pretendía, digo, más pureza poética y hasta social; Meneses, en el primer editorial, decía entre otras cosas “que el alcohol no es